

NUEVO DECANO DE LA BENEFICENCIA

HA SIDO NOMBRADO EL DR. DON CARLOS GONZALEZ BUENO



EL ilustre profesor don Carlos González-Bueno, primerísima figura de la cirugía española, nombrado recientemente Decano del Cuerpo de Médicos de la Beneficencia Provincial, nos ha recibido en su gabinete de trabajo con extraordinaria cordialidad y sencillez. No es el honor de ser acogidos así, con ser tanto, lo que más nos satisface, sino comprobar una vez más que la cordialidad y la sencillez aumentan proporcionalmente con el talento. Esta es la primera y, tal vez, la más importante lección práctica que nos dan los grandes hombres. Recibirla es un verdadero placer. Destacarla, una encantadora obligación. Cumplida, pasamos a transcribir el diálogo sostenido con el nuevo Decano.

—Enhorabuena, profesor.

—Muchas gracias.

—¿Qué ha constituido para usted el nombramiento de Decano?

—Satisfacción y preocupación. Satisfacción por la confianza que significa por parte de la excelentísima Diputación; preocupación, porque quisiera responder a esa confianza, dentro de mis posibilidades. Y para ello confío en mis compañeros de Cuerpo y en los médicos jóvenes recientemente ingresados.

—¿Nombrar Decano es casi tanto como jubilar al que lo sea?

—Así era, aun cuando el Reglamento nada dispone en este sentido. Precisamente hace unos días, persona tan versada y culta en muchas cosas, pero muy especializada en la necesaria organización administrativa, indicaba y orientaba sobre circunstancias de elección de cargos. Me refiero al señor López Rodó.

—¿Su opinión sobre ese particular?

—Pienso que el Decano debe responder, o pretender responder por su edad, y en consecuencia por sus ilusiones, a la labor con que tiene que enfrentarse.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Sesenta.

—Buena edad todavía...

—Regular. Yo tengo dicho a mis ayudantes que me llamen la atención si me ven caer en el ridículo de no saber estar en mi edad y responder a lo que ella me exige.

—¿Qué significación tiene el Decanato para usted, don Carlos?

—El nexo de unión entre las necesidades de los servicios, la Diputación y la garantía de que el concepto de aquéllos sea uniforme, aun cuando la acción sea variada, puesto que lo rigen hombres de distinta condición psicológica.

—¿Su consecuencia práctica?

—La labor asistencial tiene que constituir un conjunto.

—¿Cómo?

—Las individualidades, brillantísimas, deben servir para que ese conjunto sea ejemplar.

—¿Su ideal?

—Será que no se reconozca a Fulano de Tal, sino, aquí y fuera, al Hospital como centro de atracción, de asistencia, de enseñanza y de investigación.

—¿Su primera mirada desde el Decanato?

—Es necesario aprovechar la asistencia para llevar a cabo una labor docente, que sólo puede adquirirse mediante un significado gráfico de experiencia. Tengo que estudiar, enterarme a fondo de necesidades y posibilidades. Obrar sin prisa, pero sin pausa y muy reflexivamente.

—No obstante, permítame que insista concretando. ¿Qué ideas tiene sobre organización?

—Un centro asistencial tiene que tener una unidad de acción disciplinada y específica de su misión, pero constituyendo un conjunto apuntalado por una y otras. No es posible que en estos centros tan amplios y con tantas personalidades en sus servicios, los mismos no cambien impresiones, no tengan reuniones científicas, ajenas, naturalmente, a toda propaganda y pugna de escuelas y criterios, sino con el propósito y el prurito de aprender y respetarnos todos.

—Señor Decano, desearía que volviera la mirada atrás...

—Pregunte, pregunte.

—¿Fue usted un buen estudiante?

—No fui un estudiante aplicado; fui vulgar. Mi vida de estudiante se desarrolló casi íntegramente en el Hospital Provincial, en el servicio que regento.

—¿Se encuentra satisfecho de sus sesenta años vividos?



—Evidentemente.

—¿Cuál es su balance?

—He trabajado mucho, no he dejado de divertirme, he acertado en muchas cosas, he desacertado en otras muchas también; pero ese conjunto enseña a vivir y constituye el contraste necesario para una experiencia.

—¿En qué basa su éxito?

—Indudablemente en el trabajo, en la constancia y, si se me permite, en no haber sentido nunca complejo alguno ni ninguna envidia.

—¿Puede ser esa la clave del éxito?

—Lo creo como clave, unido a mi sentido de humanidad y de carencia de egoísmos.

—Dentro de sus grandes actividades quirúrgicas, ¿cómo va a encontrar tiempo para atender ahora los problemas del Decanato?

—Pues mire usted, Córdoba; el tiempo se multiplica geométricamente con organización y constancia. La mañana empieza a las siete y la tarde termina a las diez.

—¿Qué le parece la juventud actual, señor Decano?

—Muy buena.

—¿No confirma el diagnóstico de angustia, tristeza, indolencia...?

—Si, en efecto, eso es así, los médicos son una excepción. Quizá porque el adoptar o sentir esas posturas espirituales sea la consecuencia de no tener la aguda pre-

ocupación diaria de la situación física y espiritual de otros semejantes.

—¿Le parece bien que terminemos tocando algo la Historia de la Beneficencia?

—Yo juzgo que es extraordinaria, por su labor y por los hombres que «la han hecho». Ponga estas tres últimas palabras entre comillas.

—De acuerdo, don Carlos. Siga usted...

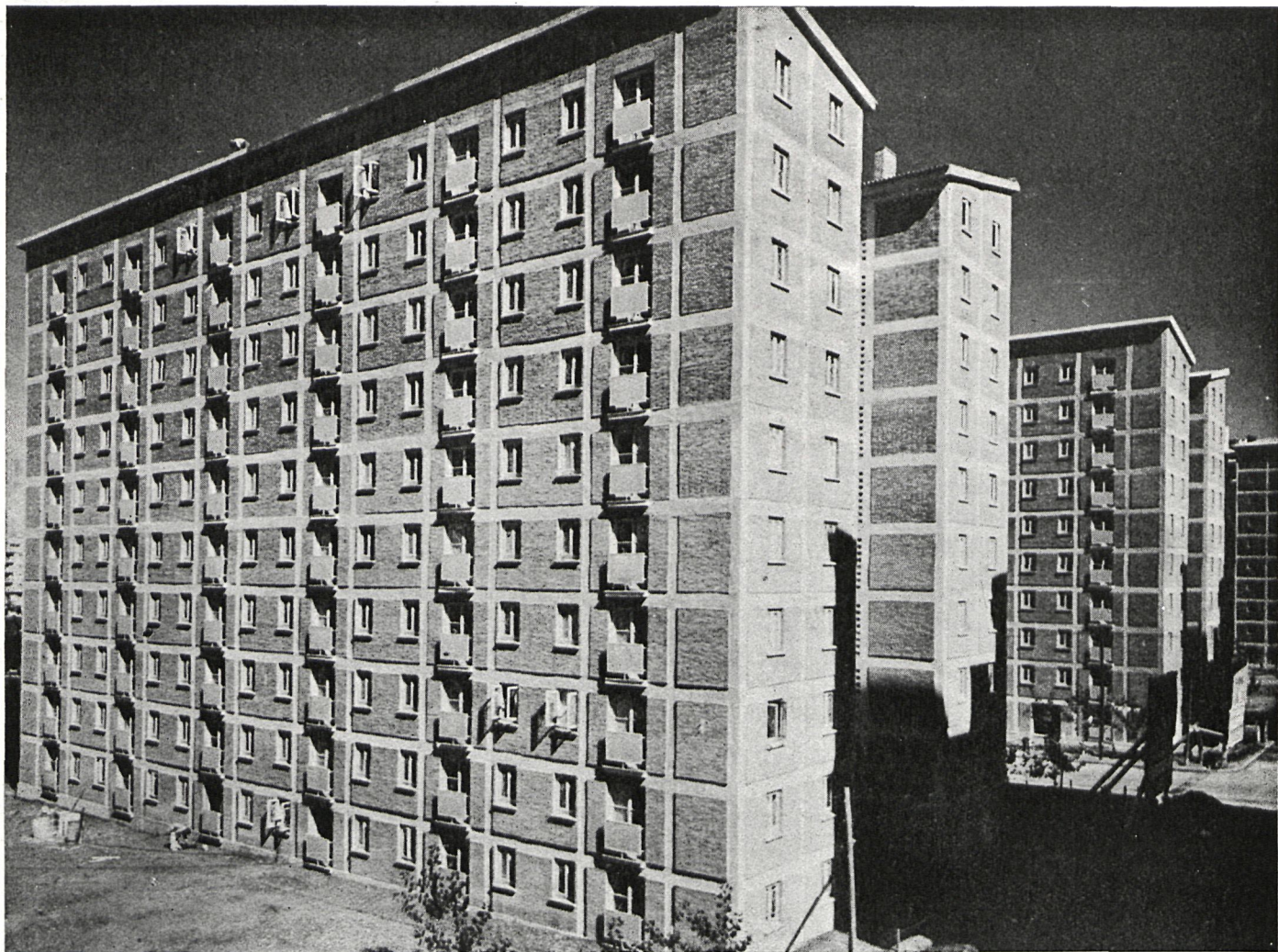
—Pienso que en este país, donde tanto se habla de tradición, se olvida muchas veces el respeto a la misma, ese respeto que es un ejemplo y acicate para los que tienen que continuar esa Historia.

—¿Qué olvidos lamenta, por ejemplo?

—Me da pena pensar que no haya guardado un recuerdo en el Hospital de hombres como Medinaveitia, Ortiz de la Torre, Goyanes, Olivares, Eliceagaray... En muchos centros hospitalarios de otros países, que por su carácter parecen menos románticos, existe ese museo íntimo, impropio, en que se conserva cualquier objeto, el que caracterizó al maestro: las gafas, el bastón, el sombrero, la cartera, en vez del corriente retrato, siempre el mismo, en postura oficial y muchas veces exenta de naturalidad. ¿No le parece?

—Me parece muy acertado, señor Decano.

RAFAEL CORDOBA OREJON



PALABRAS SOBRE LA CIUDAD

LA ciudad vive. Y es curioso: no envejece. Al contrario, con prisa, casi con rabia, su aliento la va agrandando. Sus gentes vienen de la ancha Castilla, la del seco pobre, y del Sur, donde el sol tal vez queme el trabajo. Son caravanas de esperanzas que van dejando sus restos en cualquier rincón, en espera del hogar nuevo, en espera de ese cielo que tanto añoran los que sin techo están. Y los hombres se multiplican en incesante cadena, teniendo que partir entre todos el pan de cada día.

Así la ciudad quiere más casas, precisa más casas. Algunas lindas, como para ser usadas únicamente los días de fiesta, como para ser hechas por mano de artista. Otras funcionales, para los días corrientes, para que la eficacia se nos vaya viendo, para que se note que nosotros también conocemos los Estados Unidos.

Y de esta manera, en apretadas hileras, en salpicados bloques, distintas y distantes, las casas recogen

a la familia recién formada o a la que acaba de llegar, que todas tienen derecho a una vivienda en la que guardar su cariño y su ilusión, sus dudas y sus preocupaciones.

Entre unos y otros, por los cuatro puntos cardinales, Madrid, la novia de España, va cambiando. Por un lado es la industria, que crea un poblado para sus obreros; por otro es la barriada residencial de los económicamente dotados. En cualquier caso, la ciudad se va haciendo.

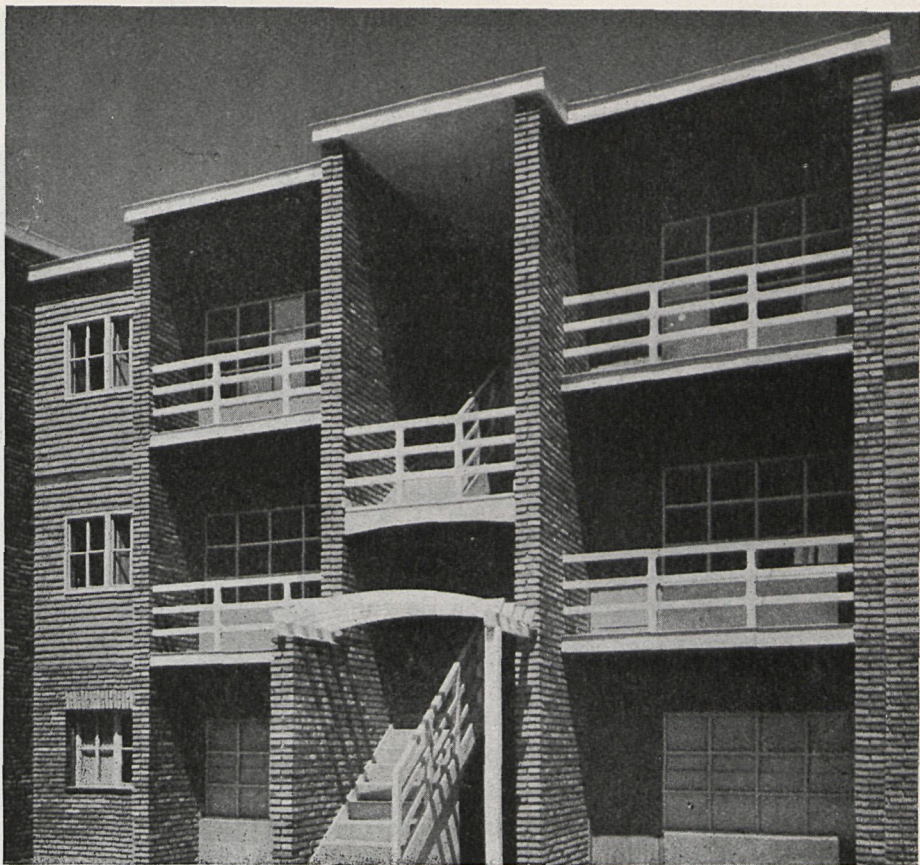
Pero se hace con diferente criterio. Madrid, femenina y coqueta, se viste con nuevos ropajes. Ya no usa las líneas retorcidas o complicadas que hacían juego con los polisones; ahora busca moldes simples y a la vez graciosos, aunque ausentes de curvas, demostrando con este capricho contradictorio su condición de mujer. Son las exigencias de la moda. Las casas, que huyen del costoso suelo, se quitan orna-

mentos, se quedan sencillas, intentando que la mirada las vea en conjunto y que la armonía les proporcione su belleza.

Externamente, Madrid se tiñe de rojo, en brillante contrapunto con el azul intenso del cielo español. Según los enterados, siempre tan faltos de poesía, de la mentira encantada de los colores o las palabras, con ello se busca que el tiempo no lastime la pobre piel de las casas. Para mí, la ciudad nueva es grana por el rubor de tanto piropo que sus enamorados la dedican. La plaqueta blanca, en amigable compañía con el basto ladrillo, nos dice del rencor al cemento, de la vanidad de perdurar por encima del viento y la lluvia, el granizo y la nieve, por encima de la Naturaleza. Lo convencional, el hacer inteligente del hombre, triunfa en esta ocasión.

Por dentro, la ciudad se hace luminosa. Grandes y abiertos son sus ojos, que el aire y la luz dan alegría. Quizás en el recinto familiar, porque el frío es penetrante y el calor costoso, sus pupilas sean más diminutas, casi siempre con la sonrisa de una flor en primavera. Pero donde Madrid vive en pública concurrencia, donde resuelve sus asuntos con incontables papeles y donde surgen sus problemas por innumerables ideas, se nos entra la atmósfera, el ruido denso del tráfico o el rumor confuso de unos seres que cantan, chillan, trabajan, susurran...

La estructura interna de Madrid también ha dejado al borde de su camino la debilidad decimonónica, tan de acuerdo con su quintaesencia femenina. La realidad es que se ha cansado de tanta podrida y vacilante

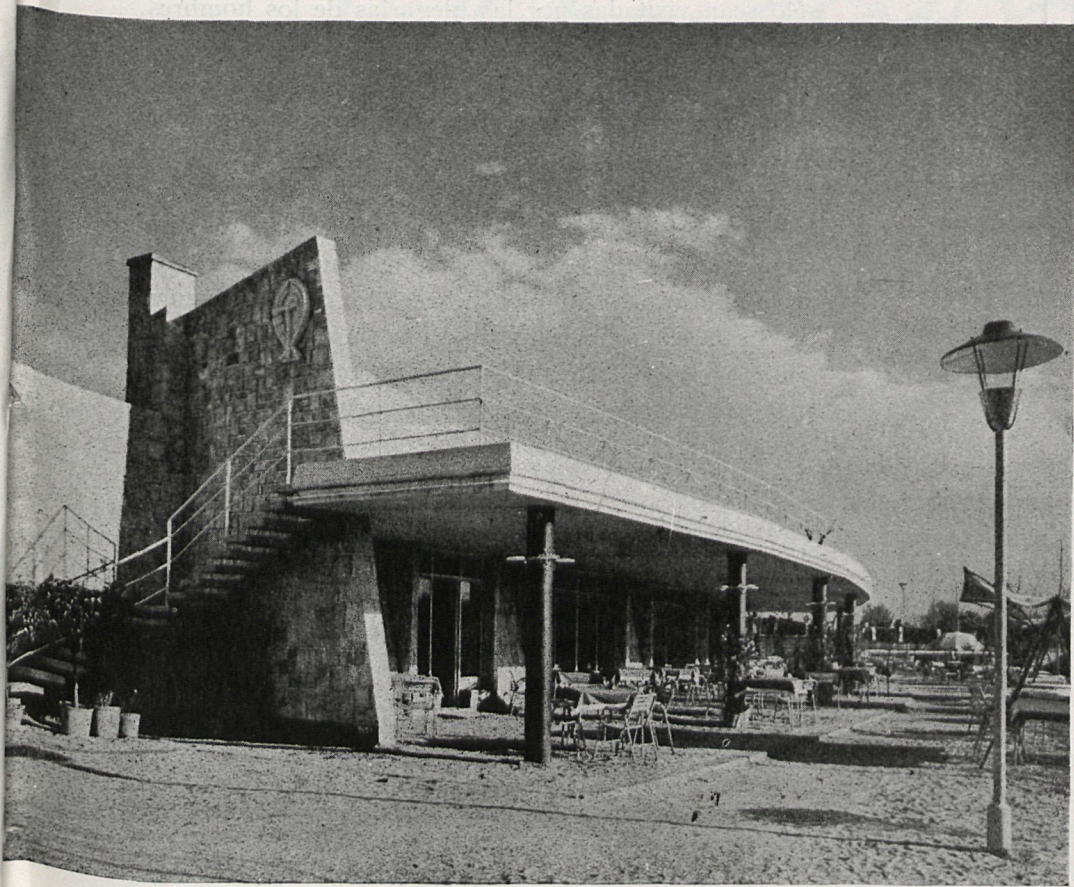


madera, que más de una vez se desmayaba, ante el espanto y tragedia de unos pocos y el comentario, entre agraz, corrosivo e irónico de los más.

Ahora el ropaje interior es fuerte, casi diríamos que de traza deportiva, sostenido a base de hierro, del hierro incrédulo de Avilés. Y con él Madrid se eleva, busca aproximarse a las estrellas, tal vez hablar con la luna. El caso es que, a semejanza de los hongos en los húmedos bosques, los rascacielos (¿tendrán picazón los cielos?), surgen aquí y allá. Y de igual forma que con las talofitas, hay opiniones de todos los gustos. «¡Parecen pegotes!», exclaman los amigos de la tradición. «Ya era hora de que nos modernizáramos», dicen los deseosos de adelantos, aunque no sean más que de pisos.

Frente a estos gigantones, Madrid se fortalece en sus enanos, en sus barriadas de las afueras, en sus colonias experimentales, incluso en los barrios hechos con tan frágil material como es el cristal de las botellas. Su reciedad no consiste en que sus muros tengan el grosor de los viejos caserones, que sean herederos de los mazacotes pasados, sino que el ladrillo, siempre asomado al mundo por sus ventanas, se hace alma y cuerpo de las construcciones. Así, la firmeza gana la batalla a la discreción, a pesar de las protestas de los acostumbrados a hablar fuerte.

Madrid se ha renovado hasta en sus edificios públicos. Los hombres nuevos quieren novedades, unas novedades grandes y



asépticas, de las que llenan postales, de las que siempre son propicias al recuerdo de la fotografía. Generalmente son esbeltas, como si estuvieran destinadas a ser los rompeolas del horizonte, copiadas o inspiradas en los hormigueros de Africa, con la variación de una serie interminable de ventanas, por las que se escapan las ilusiones de los descansos. Si observamos las personas que por ellas circulan, más nos parecen colmenas, unas colmenas que van acumulando una miel que se llama «expedientes».

También el deporte, esa manifestación pacífica de la fuerza del hombre, ha contribuido a crear panoramas. Los estadios sirven de cuna a la pasión de los tiempos modernos. Otros los califican de templos, porque allí la victoria se casa con el aplauso, porque se rinde culto al músculo, porque hay jueces de paz, porque el silbato, atiplado órgano de pequeña expresión, pone en suspenso los ánimos con su penetrante sonar. Para mí que son verdaderas cunas, pues con sus vociferantes nanas se duermen las angustias que todo corazón tiene.

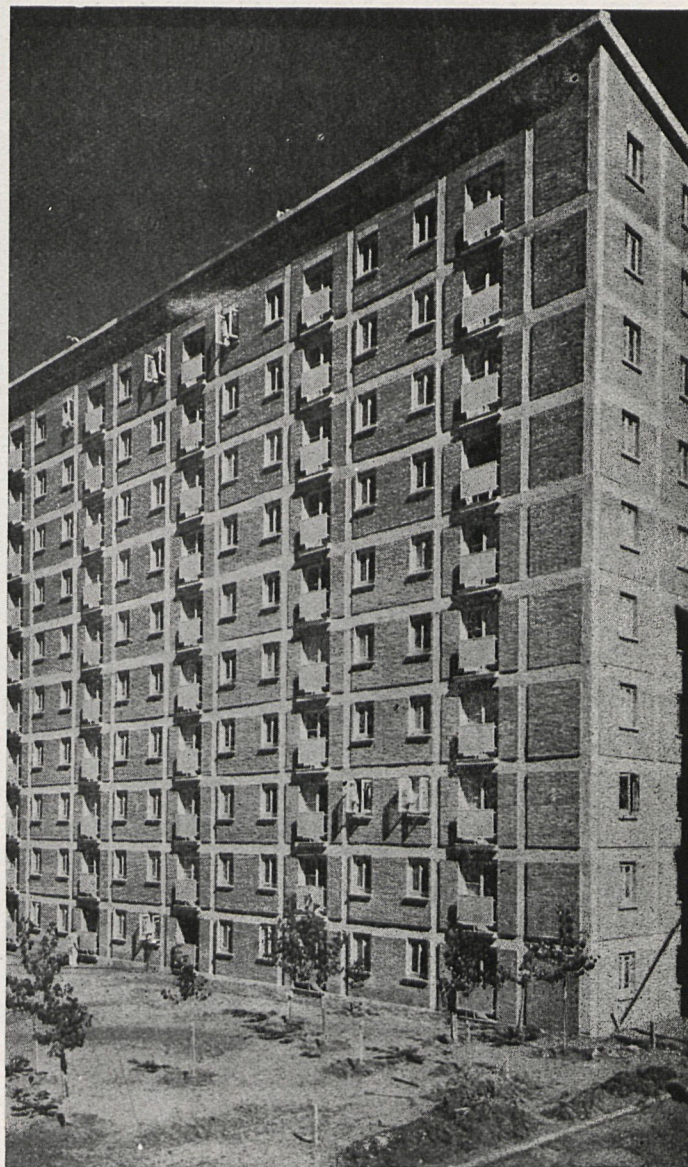
Todo aumenta en la ciudad, hasta sus verdes oasis. Varios jardines se abren a las gentes, para que anden sobre esas pocas alfombras que el asfalto permite y que el campo florezca entre el desierto de la civilización. Otros son recién nacidos. Mamá tierra los trajo a la vida. Papá agua los alimentó e hizo crecer. Casi todos son ya mayores y trabajan; su ocupación es la de dar tranquilidad y sosiego a todos los que les visitan.

La ciencia se procuró igualmente su casa, incluso, y a medida que sus ahorros de ideas se lo permitieron, formó una ciudad. Extraños químicos fabrican en ella el elixir del miedo. Y con estos horrores por dentro y múltiples amores por fuera, le va saliendo la barba a ese niño chiquito que es el futuro.

El arte, allá donde le dejan, se suele plantar en mitad de todas las plazas y plazuelas que puede. Le pesan tanto sus conmemoraciones que anda siempre con la intención de que se le ayude a llevarlas con una mirada entre admirativa y estupefacta. No hay duda de que la vanidad, cuando quiere tener cuerpo, se convierte en estatua, con lo que viene a dar la mano a la curiosidad.

La diversión, torera ella, no ha querido ser menos que nadie y también ha echado su cuarto a espadas en esto de transformar Madrid. Por doquier abre sus animadas puertas, sustituyendo a los charlatanes que caracterizaban otras épocas por la vorágine relampagueante que atrae la atención, que retiene la atención, dando un aspecto ricachón a la ciudad de saber vivir la noche, inclusive en muchos lugares, de vivir para la noche.

Y en las afueras, el ritmo acuciante, acelerante, del trabajo. El humo, profético anuncio de la cosecha de cada instante, sirve de escondite al sol. La arquitectura se pega al suelo, lo rastrea, deja que las alturas



sólo sean visitadas por las plegarias de los hombres. La exactitud de la matemática preside. Es el imperio de la producción.

Lejos de este imperio, el reino callado de la oración ayuda a configurar la ciudad. Las agujas aladas de sus campanarios señalan el recto camino del cielo.

En definitiva, Madrid se hace más social, más humano. La categoría de persona se pone de relieve en el receptáculo que ha de poseer. Su vida transcurre por cauces que hacen posible una superior moralidad y una superior higiene. Madrid se construye a sí mismo como una gran urbe, con el pensamiento puesto en las necesidades que ha de subvenir, con vocación de eternidad.

Sí; la ciudad se nos marcha por caminos de novedad y grandeza. Siempre andadera, aunque sin vagabundeos, flanquea las carreteras en todas las direcciones, como si quisiese llenar la rosa de los vientos. Algunos pretenden detenerla, pero la ciudad es una mala enfermedad, una enfermedad indetenible que nos deja prisioneros a unos barrios, que nos hace suspirar por unas ruedas.

Sí; la ciudad se nos marcha. Digámosla adiós.

SANTOS L. ALONSO



Calvario en la sierra madrileña. (Foto Loygorri.)

Información provincial

La Comisión de Servicios Técnicos aprueba la Memoria y balance del año

1-I-60.—Bajo la presidencia del gobernador civil de la provincia, don Jesús Aramburu, se ha reunido en la Diputación Provincial el Pleno de la Comisión Provincial de Servicios Técnicos. Se aprobó la Memoria y balance del año 1959 y se dió cuenta al mismo de las contestaciones de la Presidencia del Gobierno y el Ministerio de la Gobernación a las consultas sobre la constitución y funcionamiento de estas Comisiones Provinciales de Servicios Técnicos. También se informó al Pleno sobre las nue-

vas normas contenidas en la ley de Presupuestos generales del Estado en relación con dichas Comisiones Provinciales.

El marqués de la Valdavia y Pombo Angulo, socios de honor del Club Seiscientos

3-I-60.—Cerca de cuarenta coches, pertenecientes al «Club Seiscientos», efectuaron una gira humorística por

la provincia de Madrid. Recorrieron, entre otros, los pueblos de Barajas, Algete y San Sebastián de los Reyes, en excursión «incógnita». Al terminar el paseo, más de un centenar de personas que viajaban en aquéllos, se reunieron en el palacio de la Diputación Provincial (calle de Miguel Angel), donde fueron recibidos por el presidente, marqués de la Valdavia, a quien acompañaba el vicepresidente de la Corporación, don Manuel Pombo Angulo.

El presidente del Club hizo entrega a ambas autoridades de un diploma con el título de socios de honor de la entidad. Con este motivo, el señor Fernández Chillón pronunció fra-



ses de saludo, contestadas por el presidente de la Diputación, quien elogió el propósito turístico-deportivo de los excursionistas, animándoles en su afán de visitar los lugares más pintorescos de nuestra provincia, poco conocida incluso de los madrileños, salvo del grupo numerosísimo de participantes de pruebas del Real Moto Club, peregrinos afanosos en su deportivo por la geografía madrileña desde hace muchísimos años.

Ha sido inaugurado el servicio telefónico en varios pueblos de la provincia de Madrid

Más de un millón de pesetas se invirtieron en las obras

1-I-60.—La Diputación Provincial ha inaugurado el teléfono en Patones, Villavieja de Lozoya y Gascones, invirtiendo en las obras más de un millón de pesetas. Con don Antonio Torres Torres, diputado-presidente de la Sección de Cooperación y Coordinación Provincial, asistieron los diputados señores Huerta Alvarez de Lara y Cid Rodríguez. Con este motivo, las autoridades locales expresaron su gratitud a la Diputación madrileña.

Entrega de premios a los bibliotecarios y lectores distinguidos durante 1959

El Centro Coordinador de Bibliotecas de la provincia de Madrid celebró ayer un acto en la Diputación

9-I-60.—En el salón de sesiones de la Diputación Provincial, el Centro Coordinador de Bibliotecas de la provincia de Madrid ha procedido al reparto de premios a los bibliotecarios y lectores que más se han distinguido durante el transcurso del pasado año. Se entregaron cinco premios de 2.000 pesetas en metálico a los bibliotecarios de Tielmes, Cenicientos, Guadarrama, Hospital Provincial y Empresa «E. I. S. A.», de Aranjuez, y tres de 3.000, 2.000 y 1.000 pesetas, respectivamente, en lotes de libros seleccionados a las bibliotecas de los pueblos de Tielmes, Aranjuez y Colmenar Viejo. El total

de libros distribuidos entre los lectores más distinguidos asciende a 8.200 pesetas.

El director del Centro Coordinador, señor Fernández Villamil, hizo una breve exposición de la obra llevada a cabo en 1959, y el diputado-presidente de la Comisión de Cultura, señor Puig, subrayó la aceptación con que ha sido acogida en los pueblos madrileños esta tarea cultural que se ha impuesto la Diputación.

Se cerró el acto con unas palabras del marqués de la Valdavia, que manifestó el propósito de la Corporación de dotar a la provincia de suficientes servicios de lectura, ampliando la red establecida, que en la actualidad cuenta con 25 bibliotecas, tres agencias móviles y dos bibliotecas en trámite de instalación.

Festividad de Nuestra Señora de Madrid, Patrona del Hospital Provincial

Presidió los actos el marqués de la Valdavia y varios Diputados provinciales

2-II-60.—En el Hospital Provincial se celebraron solemnes actos en honor de su excelsa titular, Nuestra Señora de Madrid. Hubo misa cantada, en la que intervino el coro de las Hijas de la Caridad del Establecimiento. Se sirvió una comida extraordinaria a los enfermos y por la tarde salió la tradicional procesión con la venerada imagen, que recorrió el itinerario de costumbre por calles adyacentes al Hospital.

Tanto los actos de la mañana como los de la tarde fueron presididos por el marqués de la Valdavia y los diputados provinciales señores Pombo Angulo, Moreno Ruiz y Puig.

Servicio telefónico en Torrejón de la Calzada

2-I-60.—Se ha inaugurado el servicio telefónico en el pueblo de Torrejón de la Calzada. Asistió al acto en representación de la Diputación Provincial, que ha costeado las obras de instalación, el diputado por el partido judicial, don Pablo González Serrano.

Con tal motivo, las Autoridades locales expresaron su gratitud a la Diputación madrileña.

Toma de posesión de los nuevos médicos de la Beneficencia Provincial

El marqués de la Valdavia les dió la bienvenida y elogió al Cuerpo Médico de la Diputación

2-II-60.—En el despacho oficial del presidente de la Diputación Provincial de Madrid, el marqués de la Valdavia dió posesión de sus cargos a los 25 nuevos médicos de la Beneficencia Provincial de Madrid que han llegado a este puesto tras brillantes y reñidas oposiciones. Al acto asistieron el vicepresidente de la Corporación, señor Pombo Angulo; los diputados provinciales señores Iglesias Puga, García Pérez, Moreno Ruiz y Puig y Maestro-Amado, así como los doctores Jiménez Guinea, González Bueno, Díaz Gómez, López Durán, Zapatero, Barrios, Palenzuela, Parache, Alvarez Lowell, Crespo, López Ibór, Pérez Lista, Martín Calderín, Ruiz Rivas, Castilla Sánchez, Vega Baca, Muñoz Calero, Benzo Pulido y Enríquez le Salamanca. Asistieron también el secretario general de la Corporación, don Sinesio Martínez y Fernández-Yáñez; el director-administrativo del Hospital Provincial, don Jesús Sanz López; el jefe de la Sección de Beneficencia, don Juan José Sanmartín Casamada, y el interventor de dicho centro hospitalario, don Serafín Martín.

En el acto, que resultó brillantísimo, pronunció unas palabras de bienvenida y felicitación el presidente de la Comisión de Sanidad, doctor don Julio Iglesias Puga, y el marqués de la Valdavia, presidente de la Corporación, se dirigió a los nuevos médicos de la Beneficencia Provincial, exhortándoles no sólo al cumplimiento del deber, sino también para que pongan en el ejercicio de su misión el máximo amor hacia el prójimo. Hizo un merecido elogio del Cuerpo Médico de la Beneficencia Provincial, integrado por las más destacadas notabilidades de la Medicina española, y manifestó su confianza en que estos nuevos médicos que ahora ingresaban fueran felices continuadores de los éxitos de sus maestros.

LOS NUEVOS MEDICOS

Los médicos ingresados en la Beneficencia Provincial de Madrid y que han tomado posesión esta mañana son los siguientes: Cirugía General, don Pedro Gómez, don Santiago